

mancebo prosiguió su camino; en el qual buelto al Compañero le dixo: Viste esse Joven, que tan de veras me pedía nuestro Abito? Pues en verdad te digo, que ha tenido buena fuerte; porque el Señor oyó su deseo, y se le frustrará. Observa bien estas palabras, y verás à la buelta de nuestro viage las maravillas de Dios. Entre tanto, que el bendito Regalado se detuvo en el Abrojo, para dar expediente al negocio, que le facó de la Aguilera, perdió la vida el mancebo, arrebatado aceleradamente de vna agudísima calentura. Dieronle sus padres sepultura en la Iglesia Parroquial, amortajado, segun la costumbre del País, en vna sabana; ò lienzo semejante. A muy pocos días viniendo de buelta por el mismo Lugar el Santo, preguntó por el Joven à sus padres. Ellos, respondiendo antes con las lagrimas, que con la voz, dixerón, como ya Dios se le avia llevado; y que iba con el dolor de no aver logrado sus deseos de hijo de S. Francisco. Como no (replicó al instante el Santo) yo le admiti por mio, y desde que le ofrecí el Abito, le reputé por vno de nuestros hermanos; y como tal está numerado entre ellos en la presencia de Dios; y participa de todas sus gracias, y bienes espirituales; y aun del Abito comun, y exterior, que vestimos todos. Eltrañaron estas vltimas palabras, y no sabían como entenderlas; porque por vna parte era de gran peso el concepto, que tenían formado de la santidad del Siervo de Dios, confirmada con los milagros, que à cada passo tocaban; por otra parte les hazia gran fuerza la evidencia de sus ojos, estando certísimos, de que murió en Abito secular, y fue sepultado con la mortaja comun. Viendolos el Santo en esta suspensión confusa, les dixo resueltamente: No tenéis que dudar; que mi promessa se cumplió. Y para que en vuestros ojos tengan, mas fuer-

ga mis palabras, y sea Dios glorificado en la multitud de sus misericordias; venid conmigo à la Iglesia, donde abriendo la sepultura, aparecerá manifesta mi verdad. Aceptaron el partido, y aviendo dado noticia de él al Clero, y Justicia del lugar, acudieron todos à la Iglesia para ser testigos del suceso. Abierta, en fin, la sepultura (O! asombro del Poder Divino) apareció el Cadaver à vista de todos, enteramente vestido de nuestro Abito, con Tunica, Capilla, y Cuerda. Atonitos con el espectáculo no sabían que dezirse los circunstantes; pero el Santo trayendolos de la admiracion à la doctrina, les dixo brevísimamente: Aquí vereis quan agradables son en el acatamiento Divino las fervorosas ansias de vn sencillo corazón; pues las computa por obras su liberalísima Misericordia en el galardón, con que las premia. Con este exemplar à los ojos, quien avrà que desmaye en los santos designios de consagrarse à Dios en estado mas perfecto? Y quien, que no esfienda sus deseos à las empresas mas arduas de las virtudes? Desead, pues, desead cosas grandes en obsequio del todo Poderoso; que aunque falten fuerças al brazo, como no falte calor al corazón; para llevar adelante los intentos de servirle: el mismo Señor, que atiende los deseos de los pobres, y que inclina su oreja à la preoracion de su animo: suplirá con su poder las fuerças que os faltaren; ò hará que el deseo se gradúe por obra, para el premio, en su benignísima aceptación. Dixo el Santo; y sin aguardar à mas, echó à andar con el Compañero; sin blandearse à las instancias de los que pretendieron detenerle: con que en breve tiempo (como quien caminaba sobre las alas de la humildad en fuga de los aplausos, à que ella mira con tanto horror) llegó à su ape-

aperecido centro de la Aguilera. Los circunstantes, que quedaron en la Iglesia, se bolvieron à sus casas con vna edificación asombrosa: ponderando (aun mas que la maravilla, que acavaban de tocar sus ojos en desempeño de la palabra, y profecía de el Siervo de Dios) la acelerada fuga, con que dexando toda la gloria al mismo Señor en su Templo, supo hurtar el cuerpo à las aclamaciones, que necessariamente avian de seguirle: Traza Divinísima, con que los humildes, sin saberlo ellos, aseguran, y aun multiplican las voces de su Fama; y traza, à que nunca atina, por mas que lo afecta; la soberbia de los vanos; porque estos detenidos, y embelesados con las dulces armonias de sus aplausos, las aplican todo el oído: en cuya detencion, y gusto los mismos aplausos, ò pierden el buen sonido; que antes tenían en las atenciones de los demás; ò se deshacen del todo, desvanecidos en confusión.

CAPITULO XXIII.
DESCUBRENSE NUEVAS LUZES
Profeticas del bendito Regalado: Vístase en la Santa Provincia de Burgos à su Venerable Condiscipulo Fray Lope de Salazar y Salinas, previniendole de importantes avisos, y cautelas para el gobierno de la Reforma: y en la buelta de su viage le socorre con milagroso alimento la Divina Providencia.

Luz; que baxa del Cielo, dirigida de la mano de Dios al Alma, pocas vezes se queda ociosa; porque como trae consigo el calor de su origen; al mismo tiempo, que se derrama en el entendimiento, calienta à la voluntad: con cuyo calor agitada poderosamente su virtud viene

Parte VI.

à romper en incendios, que, ò vuelan derechos à Dios, anhelando incorporarse en la esfera de su fuego; ò se derraman à la circunferencia, buscando en las almas de los proximos nuevo cebo, y aumento de sus llamas. En fuerza de este principio, siempre tengo para mi, que luzes extraordinarias, que alumbran sin calentar; por la mayor parte, son tinieblas de otra especie: y tinieblas de tanto cuerpo, que visiblemente se dexan palpar de la vista de qualquier entendimiento de mediana perspicacia. Ellas, empero, se resisten, tanto mas prótervas à las armas de la verdadera luz, quanto traen cubiertas sus obscuridades de mas aparentes resplandores: con los quales, ò ciegan albagueñamente los ojos, para que no vean las realidades, que los defengañan: ò los alumbran deslumbradamente, para que vean las apariencias, que los alucinan. De aquí sucede, por vltimo, que quedando deslumbrados en el efecto los mismos ojos de la razon, quedan alumbrados solo en el nombre; ò quedan solamente, con el nombre tenebroso de los Alumbrados. El calor, pues, de las obras dará testimonio de la luz, para distinguirla de las tinieblas: como sucedia en el bendito Regalado: cuyo sobrenatural conocimiento de los males, que padecian, ò podian padecer las almas, encendia en la fuya llamas de fervoroso zelo; que le traían en movimiento continuo, solicitando à todas los remedios mas oportunos: con que se vió practicada la sentencia del Apostol: *Uniusque datur manifestatio spiritus ad utilitatem*: La manifestacion del espíritu en qualquiera, que le participa, se ordena à la utilidad. Gran parte de esta maxima quedó descubierta en el Capitulo pasado: y no se descubre menos en el presente.

Hallabase postrado en la cama, en el Convento de S. Antonio del Monte

fobre Fresno, el V. Fray Lope de Salinas, Condiscipulo (como dixe en otra parte) del bendito Regalado, y Custodio à la sazón de los Conventos de la Reforma, que componian la Custodia de Santa Maria de los Menores, que oy es la Santa Provincia de Burgos: punto, de que hablaré mas largamente en llegando à referir las heroicas virtudes de este V. Siervo de Dios: cuya magnitud de zelo, y fama de santidad, pudieron llenar à satisfacion el vacío, que dexò en la Reforma la muerte del Regalado. Pocos meses antes de ella le diò el Señor à conocer muchos males internos, que padecía su Instituto en la relaxacion de algunos de sus individuos, pretextada con espejos motivos santos. Conocia tambien en la misma luz superior los daños, que, como consecuencias de estos principios, amenazaban en los futuros tiempos: à que se juntaba, para añadir dolor à su dolor, la experiencia del venenoso encono, con que la malevolencia de los envidiosos avia levantado nuevamente la cabeza. Y estando cierto (por los presagios, que ya tenia de su vezina muerte) de que no podia por sí hazer frente à la oposicion, ni aplicar por su misma mano à los presentes, y à inmediatos males el conveniente remedio: determinò pasar al referido Convento de S. Antonio, para tratarlo todo à boca con el V. Fr. Lope. A este fin: sin que la tanta intrepidez de su zelo se embarazasse en la distancia de mas de quarenta leguas, que median entre vno, y otro Convento del Abrojo, y S. Antonio del Monte; ni en la crudeza del temporal, que era la del Enero; ni en el peso de sus años, que llenaban el numero de setenta y seis: sin mas viatico para el camino, que el baculo, el Breuiario, y vn Compañero; pidiendo limosna de puerta en puerta, y pasando las noches en los Hospitales: entre los

demás Mendigos: concluyó sus jornadas. Luego que entrò en el Convento reviviò el espiritu del V. Fray Lope con la visita, y abrazos de tal amigo, y Condiscipulo; quien aviendo cumplido con las primeras, y tantas demostraciones de la Caridad benigna, tratò severamente del asunto de su viage. Ocho dias duraron las conferencias, ò por mejor dezir los profeticos avisos, y cautelas, con que dexò prevenidas al V. Fray Lope las instrucciones, necessarias à la manutencion de la Reforma.

Encargòle con poderosas palabras fe hiziese todo Argos, para penetrar con perspicaz atencion en los Subditos las propensiones de el amor propio; porque sino anda sobre ellas el Prelado con la vigilancia, con la exortacion, con el ruego, con el castigo; y, sobre todo, con el exemplo: facilmente se llevan trassi con su peso à la razon; y queda desorden, relaxacion; y aun escandalos, lo que empezó reforme, y espiritu. Que convenia con sagaz prudencia caminar derechos por aquella linea, que sin declinar à la crueldad en el socorro de lo necesario; ni à la demasiada humanidad en el antojo de los inferiores, paraba felizmente en la fortaleza, y zelo santo de la mas perfecta observancia de nuestro pobre Instituto. Que ya instaba el tiempo de su resolucion con su muerte, por andaren los vltimos lanzes del certamen, ò batalla de la vida; y que aviendo faltado los dos gloriosos Mantenedores de la Reforma en los Santos Villacreces, y Santoyo; à cuya sombra descansaba segura de la oposicion: era menester, que resuscitasse en el el espiritu de vno, y otro, para constituirse Caudillo de sus Profesores; porque estos sin Cabeza (como Soldados sin Capitan) desmayados, ò desordenados facilmente dexarian à los pies de el enemigo

la

la victoria. Que le protestaba candidamente, moria con el consuelo de dexar este peso sobre sus ombros; porque las experiencias de su zelo Religioso, le aseguraban la buena conducta de negocio tan importante. Que sin embargo de que su natural declinaba demasadamente à la blandura, y su intencion à la sencillez; se prometia el acierto, corregidos con los presentes avisos sus bien intencionados, y benignos excessos.

Despues descendió à descubrir en particular (con orden, y luz superior) las ocultas llagas de ciertos Sujetos del Instituto, para que el V. Fray Lope, como Prelado, que era de ellos, les aplicasse saludables medicinas. Previnole tambien, que refrenasse la ambicion de algunos Prelados, y pudiese en su lugar à otros, mas benemeritos por mas humildes; à quienes los ambiciosos con las artes, y fuerzas de su entremetimiento tenian arredrados en el rincon de el olvido. Finalmente bolvió à refrescar la memoria de aquel su antiguo, y perpetuo dictamen: Que mientras los Frayles no abriesen puerta para salir al comercio del siglo, no la hallaria, para entrar à la Reforma, la relaxacion. En cuyo solido presupuesto, como en suma de todo el negocio, le dexò encargado, negasse toda licencia à sus Frayles para la direccion espiritual de qualquiera persona de allá fuera; mayormente, si fuesen mugeres: sin que para esto les favoreciesse la fama de santidad, ni el Estado Religioso: Y no pienses (le dixo con cluyendo su amonestacion) que es tan demás estas cautelas; porque vendrán tiempos, en que violentados de la obediencia pondreis el ombro à esta carga; y entonces, à buen seguro, que conozcais la necesidad, y la justificacion de todos mis avisos.

Parte VI.

Hizieron estos tanta impresion en el corazon del V. Fray Lope, que quando huvo de morir, quiso dexarlos escritos, por via, y forma de testamento, para delcargò de su conciencia, y cautela de los que le sucediesen. Para el mismo fin los copian algunos de los Historiadores del Santo: de quienes sigo el intento; pero no el estilo, en que los trasladan: porque siendo este el de aquella ancianissima antigüedad, cuyo lenguaje es ya casi imperceptible para nuestro siglo: tuve por mas conveniente à la inteligencia de todos, renovar las voces antiguas en las vulgares, y comunes de la edad presente. Hablando, pues, el V. Fray Lope en su testamento, ò precaucion, que dexò escrita à Religiosos, y Religiosas antes de su muerte, dice de esta manera: Hago notorio nuevamente à todos vosotros, Hijos mios, è Hijas, que el Santo Varon mi Compañero Fray Pedro de la Costanilla (oy S. Pedro Regalado) me revelò en esta Celda para escarmiento mio, y seguridad vuestra, tales, y tan terribles cosas, hasta aora ignoradas de mi; que siento mucho no poderlas dexar escritas en este mi pobre testamento, por la gran confusion, y verguença, que resultaria de ellas; à algunos, que viven, si las dixesse. Y os hago firme certificacion, que quando él vivia en carne, antes de su muerte, vino en Persona à esta misma Celda; y planticò con migo muchas de estas cosas espirituales, necessarias à las almas, y à la Religion. Entre las quales me hizo recia mencion de esto mismo, que me revelò para mi cautela, y la vuestra, porque no torralemos à tras en la pobreza, y humildad, y estrecha abstinençia, con que él, y yo nos criamos, lo qual os afirmo, quanto puedo, y debo, de parte de Dios, y de S. Francisco,

I,

y,

„y de la fuya, y del Santo Padre (Vid. „llacreces) que à él, y à mi nos crió.

Prosigue despues el V. Fray Lope recomendando con palabras de gran peso la prudente, y circunspecta cautela, que deben guardar en la comunicacion espiritual con personas de otro sexo, respectivamente, los Religiosos, y Religiosas: de modo, que el trato preciso no bastardee en familiaridades de aquella especie, que dexando pocas vezes de ser peligro, son las mas ociosidad; y ociosidad tan perjudicial, que casi siempre despier- ta la censura de agenos ojos; para que sobre lo poco, que ve, diga lo mucho que sueña. Sobre cuya folida doc- trina concluye: Cred Hijos míos, è „Hijas, que no podeis escapar de en- gaño en las tales familiaridades, „aunque tengais gruesas paredes en „medio: de lo qual me hizo expres- „sa mencion el dicho Santo mi Com- „pañero; significandome expresa- „mente, que huyais la compañía de „cierta persona, y de sus semejantes. „Y parece Hijos míos, è Hijas, qué „puede bastaros este aviso para vues- „tra seguridad. Hasta aqui el V. Fray Lope; cuyas palabras con relacion à las del bendito Regalado, tengo para mí, que miraron derechamente à la relaxacion, que en esta materia padecieron los Claustros en los siglos inmediatos, antecedentes al nuestro; pues son pocos los que ignoran, que en ellos, à pesar de los verdaderamente zelosos, y defençados, andaba el escandalo tan sobrefseguro, y tan à cara descubierta, que se celebraban como primores de discrecion, y despejo las dissoluciones de la defem- bolutura; llegando à tan alto punto el descaro, que pretendió, no solo defen- trarse, sino santificarse, con el nombre de la *devocion*. Y sin embargo de que ya la severidad, y zelo de los Prelados reduxo à moderacion Christiana

tan perjudicial de forden: nunca pue- den, ni deben estar ociosas las caute- las de nuestro Santo; pues forcejan- do siempre, como forceja, la propen- sion de la naturaleza, para defasirse de la razon, à fin de correr libre al precipicio; viene à tener en los avisos de precauciones tan santas vn perpetuo freno, que las sujete, y lleve por camino, sin que se desboque, ni precipite.

Concluidas las instrucciones, y dexando al V. Fray Lope lleno de aquella consolacion amarga, que causan en los corazones los vltimos abra- zos de los Siervos de Dios; bolvió à tomar el bendito Regalado su camino para el Convento del Abrojo. Prosi- guió el viage con su Compañero, sin faceflo extraordinario, hasta la vltima de sus jornadas, en que los atendió maravillosamente el paternal cuyda- do de la Divina Providencia. Suce- dió, pues, que el vltimo dia de su ca- mino salieron en ayunas de la Poblacion, con animo de llegar al Convento en hora competente, para tomar la pobre refeccion que acostumbra- ban. Pero, è poco prácticos de la tier- ra, è embebidos en santas conferen- cias de espíritu, se descaminaron de modo, que al caer del Sol, ignora- ban el parage en que se hallaban, aviendo caminado todo el dia. Affi- gióse demasadamente el Compañero, no solo por ver ya sobre sí la noche en el rigor del Ivierno, y en terreno desconocido: sino porque la falta del alimen- to, y el cansancio del dia le tenian tan sin fuerças, que echaba con dificul- tad los passos, y el aliento. Compade- cióse el Siervo de Dios; y como quien solo necesitaba para el Milagro la fee del Compañero, procuró avivarla, preguntandole: si estaba firme en la Fè de las Divinas Promessas? Si Padre, le respondió, creo con toda seguridad, que si mis culpas no lo definerecen, no

CAPITULO XXIV.

ULTIMA ENFERMEDAD DEL SANTO
Regalado con milagrosas circunstancias
hasta su preciosa
muerte.

EL tiempo del morir, así como para los pecadores es Ivierno fatal, à cuyo rigido yelo cae mustiamente deshojada en tierra la Vana pompa, y falaz hermosura de aquellas rosas, que coronaban la sensualidad de su vida: así, por el contrario, para los Justos es apacible Primavera, que, pasado el Ivierno de sus penitencias, quebrantos, y tribulaciones, produce las alegres flores, que aparecen en la tierra de los vivos, para texer à los mismos Justos guirnaldas de gloria por eternidades perpetuas. Por esta razon las noticias de la cercanía de la muerte se explican con tan diferentes efectos en Pecadores, y Justos. Alcanzan estos à ver por las puertas de la muerte, los arcos triunfales, con que la Justicia, y Misericordia Divina previenen en la Patria Celestial el triunfo à las victorias, que ganaron de sus pasiones, y demás enemigos en la batalla de la vida: Aquellos registran los eternos suplicios, que se fueron fabricando por sus mismas manos, alargandolas à todo lo vedado, à que les combida- ba su antojo. De aqui los pecadores à vista de su muerte casi de ordinario dexando caer, por el temor desordenado, las alas del corazon, lloran sin fruto, y prolongan su iniquidad, entregados al despecho: quando los Justos, por opuesto rumbo, avivando los ardores de la esperanza con la ceréana possession del sumo Bien, à que anhelan; baten todos los vuelos del corazon à la region de su dicha: añadiendo virtudes à virtudes, gracias à gra- cias,



cias, y meritos à meritos, para hazer mas ciertas en el proposito de la voluntad Divina su eleccion, vocacion, y glorificacion. La prisa, que se daba à obrar bien el bendito Regalado en el Convento del Abrojo, desde que bolvió de su viage; y el júbilo tan extraordinario, que revertia su corazon al rostro; facilmente se tuvieran (quando no huviera otros muchos) por anuncio cierto de su vezina muerte. Hallabase en la ancianidad venerable de setenta y seis años; menos quebrantada por ellos, que por el continuo rigor de sus estremadas penitencias, en que nunca blandió su austeridad, por mas que en ocasiones los gritos del amor propio, y, lo que mas es, de la verdadera necesidad, le persuadian el alivio. Los cinquenta y dos años de su vida gastó en la Religion, como quien los vivía para la muerte: veinte padeció vehemente, y continuo dolor de estomago, à mas de otros achaques, que en tiempos le molestaban. Las contradicciones de estrafios, y domesticos exercitaron, sobre toda ponderacion, aunque no apuraron, su paciencia. La pesada carga de cuydados en el gobierno de sus Conventos, y dependencias de su estrecha Reforma le brumaban el corazon, aun siendo tan dilatado. Y quando con motivos de tanto peso parece, que debía rendirse al alivio, ò afloxar en los rigores de su vida austera; comienza con nuevo aliento la tarea, para dar la vltima mano à la corona de sus meritos, y cerrar gloriosamente con la perseverancia el dorado circulo de su vida.

Poco tiempo avia pasado desde que llegó al Abrojo de buelta de la visita del V. Fray Lope, quando en vno de sus excessos mentales le favoreció el Señor con la revelacion del dia, y hora de su muerte. Y deseando el Santo tener su Sepulcro en el

Convento de la Aguilera, por averle servido de Cuna en la Vida de su Reforma: determinó passar à el en el principio de la Quaresma del año del Señor de mil quatrocientos y cinquenta y seis. A este fin se despidió, con singular ternura de los Hijos del Abrojo; encargandoles, entre otros muy substanciales avisos, la perseverancia en la vida reformada, en que avian sido criados. Dioles, por vltimo, su paternal bendicion; y dexandoles electo Presidente, tomó su camino à pie para la Aguilera, llevando consigo por Compañero à Fray Alfonso de Espinas; Varon muy Docto, y Autor del Libro intitulado *Fortalium Fidei*, celebre entre los Historiadores de España por la copia de su divina erudicion.

Llegó à la Aguilera, antiguo centro de sus cariños, donde le recibieron sus Hijos, tan regocijados por su vista, como quedaron tristes los del Abrojo por su ausencia. Presto, empero, se le azibaró su alegría; porque el Compañero les participó la noticia, que el Santo le avia comunicado en el camino, de su cercana muerte. Fortificaronse mas en el assenso de esta noticia, viendo la eficaz aplicacion de su Santo Padre à todas las prevenciones necesarias para el buen gobierno, y manutencion de sus Conventos. Una de estas prevenciones fue descargarse de la Prelacia, renunciandola en el Padre Fray Juan de Castro; Sugeto à todas luces digno de suceder en ella à vn tan grande Siervo del Altísimo. Descargado de este peso, empleó toda aquella Quaresma el Siervo de Dios en prepararse para la muerte con muy particulares exercicios; como si toda su vida no huviera sido vn libro vivo del Arte de bien morir. Confessabase muchas vezes al dia, gastaba en la Misa mas tiempo que lo ordinario; añadia rigores à las penitencias; continuaba frequentemente, y con notable

ble fervor las plasticas de espíritu entre sus Hijos, exortandolos à la perseverancia en el bien comenzado; haziales mas tiernas expresiones de su amor; porque aunque siempre los amó, en el fin los amó mas, descubriendoles con muy extraordinarias demostraciones de afecto paternal, quan entrañados los tenia en su corazon. Y en fin, aquel fuego de amor Divino, que hasta entonces avia respirado llamas; no pareció sino que respiraba bolcanes en los dias cercanos à su muerte.

Las exorbitancias de estos incendios apuraron notablemente los vitales espíritus, y las fuerzas de la naturaleza; con que se desconcertó del todo la armonia de los humores; de modo que en los mayores dias de la Semana Santa, dandose à partido à la fuerza del mal, vino à rendirse à la cama. El dolor de estomago; de que tantos años avia adolecido, le erigió en aquella ocasion con tanta vehemencia, que fueron bien menester todas las valentías de su resignacion; y la viva memoria, que en tales dias renueva la Santa Iglesia, de los dolores de Christo Crucificado, para que no llegasse à blandear en desmedidas quejas su inextinguible sufrimiento. El hastio à todo genero de alimento estaba tan apoderado del gusto, ò por mejor decir, le renia tan destruido, que el pasar cosa de sustento, no solo era martirio, sino imposible. Afligidos igualmente el Medico, y Religiosos de tan mortal inapetencia, procuraban excitarle el apetito, trayendole à la memoria quanto en materia de saynetes, y regalos se podía discurrir. Pero como à fuerza de su mortificacion, ò avia desterrado las especies del gusto, ò avia hecho naturaleza el fastidio; nada le movia. Solo en vna ocasion (acaso para que la tuviese la Providencia Divina de manifestar sus maravillas) tuvo vn raro antojo. Dixo, que

falo vna Codorniz comeria sin hastio. Contritaronse con la propoficion los Religiosos, y Medico; por lo difficil, que se les representó el cumplimiento del antojo en el tiempo que estas ave-cillas (sucedia esto dentro del mes de Marzo) huyendo de los frios de aquel parage, se auentan à otros mas calidos; de modo que hallar vna por entonces fuera poco menos que milagro. Con este desconuelo, pero no sin el animo de hazer la diligencia con toda la viveza, à que le estimulaba su devocion, y el deseo de complacer al enfermo; caminaba el Medico la buelta del Convento, quando à la mitad del camino, vió que con rapidísimo vuelo se le venia à las manos, huyendo el alcance, y las presas de vn Gavilan, cierto paxarillo; que, al fin, dió principio al milagro, escapando con vida en poder del Medico. Tuvo este deluego à luego por casualidad el successo, hasta que reparando bien en el paxarillo, se certificó que era Codorniz. Entonces levantando los ojos al Cielo; y viendo la puntualidad, con que vino la Codorniz; que al Santo se le antojó (que aun no la pidió, como el Pueblo en el Desierto) tuvo el lance por mas que casual; y muy gozoso se bolvió al Convento. Hecha relacion al Santo de todo el successo, le entregó viva la Ave-cilla; para que la viesse à satisfaccion, y se recreasse con ella. Recibióla, haziendola mil alhagos; y con vn tanto gracejo, indice de la libertad, y tranquilidad de su espíritu; aunque, por otra parte, tocado de aquella fanta, y sencilla compasion, que despertaban en su alma los animalitos, destinados à la muerte: comenzó à hablar con el Ave-cita, como si fuesse capaz de razon: „ Hermanita mia, carissima Codorniz (la dezia, componiendole las alillas, „ que acaso las tenia maltratadas) no, „ no te rezeles de mí, que no pienso

hazerte mal. Escapaste de las viñas
 de el Gavilán, y de las manos
 del Medico; y avias de perecer en las
 mias? Con qué conciencia permitie-
 ra yo que te dieran muerte mis Fray-
 les; quando, para librarte de ella, te
 has acogido al refugio de mi piedad?
 Para mortificar su gusto, derramò
 David el agua de la Cisterna, que
 tanto avia deseado; y vn pobre Fray-
 le Francisco avia de derramar tu
 sangre, solo por cumplir su antojo?
 O qué tentacion tan cruel, herma-
 nita mia Codorniz: ò que tenta-
 cion! No, no permita Dios sea yo
 tan inhumano, que quiera regalar
 mi paladar à costa de tu vida. Sea
 yo, si, Regalado: pero solo con la
 Cruz de Christo: no con la Codor-
 niz. Vete, vete, en paz; vete, po-
 bre cilla, à alabar à tu Criador en la
 libertad del ayre: y mira que escar-
 mientes en tu pasado peligro, lle-
 vando bien en memoria, que donde
 andan à caza los Gavilanes, no de-
 ben vivir incultas las Codornizes.
 Diòla en fin con la bendicion la liber-
 tad, y echandola à volar, dexò à los
 circunstantes tan fantamente burlados
 con la sultura del paxarillo, como
 edificados de su compasión, sinceri-
 dad, y mortificacion del gusto.

Al fin de la Semana Santa se de-
 clarò yà la enfermedad tan notoria-
 mente mortal, que el Medico perdiò
 todas las esperanzas de su vida; en cu-
 ya consecuencia no se huvieran dila-
 tado al enfermo los Santos Sacramen-
 tos, si el mismo no asegurasse, que
 los pediria, quando llegasse la ho-
 ra. En esta suposicion el primer dia de
 Pasqua de Resurreccion por la maña-
 na, dixo que yà era tiempo de recibir
 el Sagrado Viatico, y pidió con ren-
 dida humildad, que se le traxessen.
 Apenas le recibió, quando se retirò
 su espíritu à vn profundissimo recog-
 miento, en que, abrazado intimamen-

te con el Amado de su alma, à quien
 yà tenia; perdiò de vna vez sentidos,
 pulsos, y respiracion; de modo, que
 juzgaron los circunstantes ser el viti-
 mo parasitino. Aviendo, empero,
 atendido (con la reflexion, que les
 permitió la pena) la extraordinaria
 alegría de su rostro; y que de tanto en
 tanto hazia algun movimiento, apli-
 cando al pecho los brazos, como
 quien mas apretadamente intentaba
 reconcentrarle con su amado: se foga-
 raron en sus temores, y rastrearon al-
 go de aquellas delicias, que rebofaba-
 ban en su alma, como prendas de la
 Gloria, que le tenia prevenida el mis-
 mo Dios, que se hospedaba en su pe-
 cho. Así estuvo grande rato, hasta
 que buelto en sí, y mirando con blan-
 dos ojos à sus Hijos, bañados todos
 en lagrimas; les hizo vna platica tan
 fervorosa, que en vez de palabras les
 hablaba fuego, con que les templò en
 gran parte el yelo de que estaban pos-
 seidos por su cercana muerte. Despues
 les persuadiò con maravillosa efica-
 cia la pureza de la Regla, la manu-
 tencion de la Reforma, la humildad
 de corazon, la concordia Religiosa,
 la abstraccion de Seculares, y la per-
 fecta resignacion, y paciencia en to-
 das las tribulaciones: breves puntos,
 pero substanciales, en que les dexò ci-
 frada la perfeccion mas alta de la Di-
 vina Ley. Con esto les diò la bendi-
 cion, previniendo que le hablassen lo
 menos que fuesse posible; porque
 instaba yà su fin, y debia no perder
 instante. Hizieronlo así, dexandole
 gozar de la intima comunicacion de
 su Amado, en que estaba todo absor-
 to. Desde el primer dia de Pasqua,
 que recibió el Viatico, hasta el terce-
 ro, en que salió de esta vida; fueron
 frequentissimos los vuelos de su cora-
 zon à la esfera de la Divinidad, an-
 helando tanto mas la estrecha vnion
 con el Sumo Bien, quanto mas de cerca
 miraba su posesion.

El

El Martes muy de mañana vino el
 Medico, cuyadofo del fatal peligro,
 en que se hallaba el Santo; y cono-
 ciendo por la intercadencia del pulso,
 que sin milagro no podia su vida du-
 rar muchas horas; mandò se le diese
 à toda prisa la Extrema-Uncion. Oye-
 le el Santo serenamente, y con vn apa-
 cible sonrito le dixo: No corre tan-
 ta prisa como parece; porque aun
 no ha llegado à casa. mi especial
 Amigo, y Devoro el Señor Obispo
 de Palencia, que ha de ser el Minis-
 tro de este Sacramento. Los Reli-
 giosos estrañaron la proposicion; y no
 sin rezelo de que la flaqueza le hu-
 viesse turbado algo el juyzio, le re-
 plicaron hiziesse reflexion en lo que
 dezia; porque, ni avia leve rumor de
 la venida de tal Obispo, ni podia pre-
 sumirse en tiempo de Pasqua, en que,
 sin causa vrgentissima no dexan sus
 Iglesias los Prelados. Tened pacien-
 cia, y esperad vn poco (les respon-
 diò el Santo) y vereis como Dios
 dispone dar este consuelo aun à mi,
 tan indigno Siervo suyo. No bien
 avia pronunciado las vltimas palabras,
 quando à toda prisa entrò el Portero
 à la Enfermeria, llamando à los Reli-
 giosos, para que saliesen à recibir al
 Señor Obispo de Palencia; que con
 su Sobrino, D. Diego Gomez de San-
 doval, hijo del Marques de Castro es-
 taba, esperando en la Puerta.

Vense nue-
 stro Anna
 lista ad ann.
 1456. num.
 164.

Era este Señor Obispo D. Pedro
 de Castilla, hijo del Infante D. Juan,
 y nieto del Rey D. Pedro; que con la
 ocasion de aver sido antes Obispo de
 Osina, avia tenido mucho lugar de co-
 nocer, y tratar à nuestro Santo, y aun
 de ser testigo de muchos de sus prodig-
 ios; por cuya razon le veneraba co-
 mo à Varon embiado de Dios al mun-
 do en beneficio de los Próximos. En
 esta fee, traia consigo al referido D.
 Diego, su sobrino; manzebo de po-
 cos años, para que el Santo le librase

de aquella lastimosa monstruosidad,
 que sacò del vientre de su Madre; pues
 sobre tener casi secas las piernas, de
 modo, que no podia andar sino en
 agénos brazos; el cuerpo estaba hor-
 riblemente torcido, y cargado de vna
 gibba tan disforme, que parecia mon-
 truo. Recibido, pues, de los Frayles
 con religiosos obsequios este devoto
 Prelado, y acompañado de su sobri-
 no, se encaminò derechamente à la
 Enfermeria. Esperabale el bendito
 Enfermo con los brazos abiertos: y
 aviendole recibido en ellos con san-
 tas, y cordiales expresiones de jubi-
 lo, y benevolencia: le dixo, reverti-
 da al rostro la alegría de su alma: O
 Señor, y Amigo mio de mi cora-
 zón! Como ha tardado tanto vuestra
 Ilustrissima? Cierro que si se huviera
 detenido vn poco mas, me huviera
 muerto, sin poderle dar el vltimo
 abrazo. Mas ya que el Señor me ha
 concedido la gracia de que vuestra
 Ilustrissima visite à este Pobrecillo,
 le suplico humildemente se digne de
 administrarme el Santo Sacramento
 de la Extrema-Uncion, pues yà se ha
 llegado la hora de recibirle. Res-
 pondiòle con benignidad el devoro
 Principe, que estaba pronto à execu-
 tar lo que le pedia: pero que advir-
 tiesse, avia de ser cargandose de la
 obligacion de dar sano à aquel joven
 sobrino suyo, que con esse fin, y con
 essa fee le traia consigo. Sonriòse el
 Santo, celebrando la devocion del
 Obispo; y pareciendole que era justo
 acreedor del beneficio que pedia, le
 dixo con igual discrecion que humil-
 dad. Señor, poderoso es Dios para
 conceder essa, y mayores misericor-
 dias, si de parte de la criatura, que
 las ha de recibir, halla la convenien-
 te disposicion. Esta substancialmente
 consiste en vna vivissima fee, y alen-
 tada esperanza, nacidas de la ver-
 dadera caridad, y gracia Divinas

» pa-

para cuyo efecto será bien, que el sobrinito reciba los Santos Sacramentos de la Penitencia, y Eucharistia; que puestos de su parte estos medios, para no desinerecer el beneficio, podrá ser atienda la Bondad Divina el deseo de este mi pobre corazon, sin que le embarazen repetidas ingratitudes, con que le tengo desobligado. Aceptó el partido el Obispo; y aviendo confesado al sobrinito, y celebró de Pontifical en la misma Enfermería, para que el Santo tuviese el consuelo de asislar al Santo Sacrificio. Concluido este, y comulgado el sobrinito, pasó el Obispo (vestido como estaba, de Pontifical) à administrar al bendito Enfermo el Sacramento de la Extrema-Uncion: Funcion devotissima, en que anduvieron santamente baraxados los afectos de dolor, y gozo: y puesto que las lagrimas, en que todos estaban bañados, tan presto parecian hijas del gozo, como del dolor.

Acabada la administracion del Sacramento, y repetida por el Señor Obispo la instancia de la salud del sobrinito; mandó el Santo, pudiesen al joven junto à su Tarima, de modo, que pudiese tocarle. Executada esta diligencia, se suspendió el Siervo de Dios vn breve rato con los ojos fixos en el Cielo; y buelto, poco despues, al Manzebo, comenzó à passarle la mano por todas aquellas partes del cuerpo, en que estaba lisiado, y monstruoso. Al compás que el Santo passaba la mano (O prodigios del Poder Divino) à vista de todos los circunstantes, iban retirandose los miembros à su natural perfeccion, y vigor; de modo, que se oian los chasquidos de los huesos, al tiempo de encaxarse cada vno en su debida coyuntura. En fin, despues de aver tocado el Santo todas las partes lesas, y deformes del paciente, le dexó perfectamente libre de la mon-

truosidad, y tan robusto, que arrojadas dos muletas, sobre que se sostenia, comenzó à saltar de placer, publicando à gritos el milagro. Lo mismo hazian, respectivamente, el Obispo, y Religiosos, alabando à Dios en su Siervo por la potestad, que le dió para sanar de todo mal à los hombres. Esta devota confusion de aclamaciones à la virtud del Santo, y alabanzas de Dios, duró bastantemente, hasta que à instancias, y persuasiones del mismo Santo bolvieron à recobrar el silencio. Quando ya los tuvo arentos: dadas las gracias al Obispo por el beneficio del Sacramento, que le administró, y despedido vltimamente de sus Hijos, renovandoles los avisos, con que en otras ocasiones les tenia prevenidos para la perfecta observancia de la Regla, y exercicio de todas las virtudes: mandó que las cantasen, aquel verso de David: En tus manos Señor encomiendo mi espíritu. Obedecieron, à pesar de su dolor, los Religiosos; y cantando con ellos el mismo verso el felicissimo Regalado, como enamorado Cisne; elevados los ojos, y las manos al Cielo, como que en ellas trasladaba à las del Eterno Padre su dichoso espíritu; le embió en vn apacible suspiro, que sirvió de punto final, y glorioso al periodo de su Vida. Murio à los treinta de Março del año del Señor de mil quatrocientos y cinquenta y seis en los sesenta y seis de su edad, y cinquenta y dos de Religion: dia, no segundo, sino tercero de la Pasqua de Flores: pareciendo congruente que las flores de esta Pasqua anunciasen la eterna Primavera, à que passaba tan bendita Alma despues del Ivierno penoso de esta vida: y que la inocencia, con que dexó vencida à la malicia, tuviese à mano las flores, de que texerle guirnaldas en señal, y premio de su gloriosa victoria. Que su muerte fuese el referido

CAPITULO XXV.

GLORIOSO ENTIERRO, Y PRODIGIOS inmediatos à la muerte del Santo Regalado; alarga el brazo con vn pan rompiendo la tierra de la Sepultura, para socorrer à vn pobre.

rido dia treinta de Março, como afirma nuestro Erudito Annalista (aunque no lo prueba) y no el dia treinta y vno, como refieren otros: se haze evidente con este discurso. Sientan todos vniformemente, que el Santo murió en Martes de la Pasqua de Resurreccion del año de mil quatrocientos y cinquenta y seis. Luego es necesario, que fuese el dia treinta de Março; porque esse año (segun consta del Aurco Numero, y Letra Dominical) el dia primero de la referida Pasqua fue el veinte y ocho de Março; y el tercero, ò el Martes, el dia treinta: luego si el Santo murió el Martes de essa Pasqua, no pudo ser el dia treinta y vno, sino el treinta de Março, como dexo referido. Por esta misma razon, que es indefectible, siente lo mismo el Doctissimo Padre Juan Bolando de la Compañia de Jesus en su celebre Obra de *Actis Sanctorum*, al dia treinta de Março. El Cuerpo, quedó tan essento de los destrozos de la muerte, que desde luego se dexó ver hermoso, blando, flexible, y con vn genero de sonriso, y fragancia, que pudo suavizar en mucha parte el dolor, y llanto, en que prorrumpieron el Obispo, y Religiosos; heridos con el golpe de fatalidad tan deplorable: que, à la verdad, fatales son las muertes de los Santos, para los que desamparados de su compañía, quedamos solitarios, y sentados sobre las funestas orillas de los Rios de Babilonia, llorando en amargura, y desamparo nuestra dura captividad.



Sempre fue preciosa en los ojos del Señor la muerte de sus Santos: porque dexando vencidos en la batalla de la vida à todos sus enemigos, quedan dignos de la corona de justicia, adornada de piedras preciosas; que à los que legitimamente pelean, tiene el justo Juez, y Sobrano Rey prevenida en el eterno deposito de la Gloria. Mas aunque esto passa así en los ojos del Señor, que registra los corazones, y juzga con equidad las justicias: en los ojos, empero, de los hombres, cuya vista apenas alcanza la primera region de las cosas; la muerte de los mismos justos, y Bienaventurados no descubre su preciosidad en toda ocasion: sino solo, quando la Omnipotencia Divina haze gloriosos sus Sepulcros con el esplendor de manifestos milagros. Constituido por el soberano Poder en esta Classe de Santos el bendito Regalado; no parece sino que dexó en su muerte (parà que tambien à los ojos de los hombres fuese preciosa) vn perpetuo, y fecundissimo seminario de maravillas. Continuóse desde el punto que espiró, la de la fragancia, flexibilidad, hermosura, y frescura del Santo Cuerpo: en cuya vista haziendo ponderacion el Obispo, juzgó que aquel transito no debía lamentarse como muerte: sino celebrarse, como victoria; convirtiendo la tristeza de los lamentos en el regocijo de las aclamaciones. Con esto igualmente animo-

fo, y devoto dictamen, hizo que la campana se tocasse à Flesta, celebrando, à bueltas del milagro executado con su sobrino, la santidad gloriosa del Siervo de Dios.

Añadiò voz al sonido de la campana la aclamacion de los comarcanos Pueblos; porque apenas les llegó la noticia de la muerte del Santo, quando concurrieron en numerosas tropas al Convento, con las ansias de venerar su bendito Cuerpo, y interessarle en algunas de sus Reliquias. Los Religiosos, previniendo prudentemente este intento, y en el los desmanes de la devocion inconsiderada, tenian bien cerrada, y defendida la Clausura. Con este motivo creció la griteria del concurso, que en desmedidas voces mezcladas en llanto pedian, como por justicia, les permitiesen ver en el Cuerpo del Siervo de Dios, el consuelo de sus aflicciones, la medicina de sus dolencias, la luz de sus ignorancias, y el vnico remedio de todos sus males.

Acallaron en parte los Religiosos estos gritos de la piedad con la palabra de baxar el Cuerpo à la Iglesia, donde todos pudiesen verle, lo mas presto que les fuese posible. Entre tanto, reservando para Reliquias el Abito del Santo con algunas alhajas, y ropas fuyas, le mudaron otro Abito, con que le pusieron en el Feretro. Mas considerando que si antes de abrir las puertas, no dexaban repartidas, y puestas en buen cobro las alhajas reservadas, corrian peligro de ser arrebatadas de la multitud: resolvieron distribuir las antes, en esta forma. El manto, fuelas, y paños menores quedò depositado en la Sacristia del Convento: con orden riguroso, de que ni se dividiese, ni se defraudasse. Entre la familia del señor Obispo, y Religiosos, se repartió la pobre manta, que cubria la tarima, en que murió el Siervo de Dios. El Abito se entregò al señor Obis-

po (que le tenia pedido con devota instancia) y aviendole besado muchas vezes, y bañado en lagrimas, se le alargò al sobrino, recomendando su estimacion con notable encarecimiento: Esta preciosissima joya os doy (le dixo) para que quede vinculada en cabeza de Mayorazgo en el Marquesado de Denia; de modo que la posea, y goze perpetuamente el Heredero de esta Casa. Este Abito ha de ser el blason, que mas la honre, y el tesoro, que mas la enriquezca; porque con la posesion de tan preciosa Reliquia (por los meritos del Santo, que le visitò) espero han de venir sobre esta Casa las bendiciones, y todos los bienes juntos de la tierra, y Cielo. Recibió el Abito el sobrino con igual veneracion; y se conservò con ella entre los Marqueses de Denia; y hasta que años despues heredò tan preciosa Reliquia con el Marquesado el Exmo. señor D. Francisco Gomez de Sandoval Duque de Lerma: quien hizo de ella tal estimacion, que colocada en vna vna de plata, la llevaba consigo en las jornadas, que anduvo con la Magestad de Felipe III. sin permitir la sacasen de su Camara; ni que la desviasen de su vista.

Distribuidas, en fin, las alhajas, y colocado en las andas el Cuerpo, le baxaron à la Capilla Mayor cantando el *Te Deum laudamus*; no solo acompañados, sino alentados del señor Obispo, para tan estraña demostracion. Dadas despues las providencias necessarias, para que el Santo Cuerpo estuviese defendido de los arrebatos de la piedad, abrieron las puertas de la Iglesia al concurso, que lo esperaba con impaciencia devota. Apenas tuvieron entrada, quando cargaron sobre el Feretro en tropel confuso, de modo que entre los muchos milagros del Santo, puede contarse por vno de los grandes, no aver sucedido muchas fatalidades al tiempo que la multitud se abalanzò al

Cadaveri con el empeño de ser cada vno el primero, que le viesse, y le tocasse. Al fin, arropellandose todos sin lastimarse; y con vn desorden devoto (que tuvo muchas señas de festejo, y todas las de Culto) iban llegando, segun podian, à tocar sus rosarios, y besar el Abito, ò el Feretro, reputandolo por dicha el que lo conseguia. Desde este punto comenzò el Señor à obrar por los meritos de su Siervo muchos milagros en beneficio de sus devotos, como despues diremos mas de proposito. Con este motivo fue de parecer el Señor Obispo, que estuviere patente el bendito Cuerpo por algunos dias, para que lograsen los Fieles aquel manantial de piedades, que la Divina Misericordia les avia descubierto. Siete dias estubo patente; sin que en el termino de todos ellos declinasse en algo la hermosura, en que se dexaba ver; ni la fragancia, que despedia de si; con que cada instante tomaban mas cuerpo la admiracion, y los concursos, que venian à venerarle. Estos se multiplicaron de modo, que ni las Guardas con amenazas, ni la autoridad del Señor Obispo con su persuasion; fue bastante à impedir el arrojido de que le quitasen el Abito à pedazos para reliquias; de modo que fue necesario ponerle otro, para darle sepultura con decencia. A vista de este desman, tuvo ya por conveniente el prudente Prelado, que se celebrasse el entierro con toda la solemnidad, que la pobreza, y retiro de aquel sitio daba de si. Para este fin, y dar el ultimo lleno à las finezas de su devocion, quiso ser el Preste en las Exequias del Santo. Dixo la Missa; y cumplió todas las Ceremonias, que le tocaban como Preste en el Oficio Funeral: con tanta exaccion, que por su misma mano le echò la tierra con la hazada, y no se quitò la Capa, hasta que el bendito Cuerpo quedò sepultado. Despedido despues de los Religiosos con no-

Parte VI.

table ternura, se bolvió à su Iglesia, lleno de consolacion, y júbilo; no solo por la salud milagrosa del sobrino, primer asunto de su viage: sino por las maravillas, que avian visto sus ojos; y por la eficacia suave, con que avia dirigido su camino la Divina Providencia, trayendolo como casual al determinado fin de honrar, y consolar à su Siervo.

No cesaron los concursos, por avèr sepultado al Santo; y porque la voz de los que avian sido testigos de sus maravillas en el Feretro, se iba cada dia extendiendo mas; de modo que en brevissimo tiempo se llenaron de su fama los ambitos de las dos Castillas. Con esto, eran innumerables las personas de vno, y otro sexo, que arraidas de la voz de los milagros, venian à buscar en el Sepulcro del Santo, consuelo à sus aflicciones, y remedio à sus dolencias. Entre estas personas concurrían muchas de distincion, que solicitaban con ansia llevar consigo alguna Reliquia del Santo; y à este fin importunaban notablemente al Prelado del Convento.

Viendose este atajado, sin saber qué hazerle; porque por vna parte se avian ya distribuido las reliquias, que quedaron; y por otra, reputaba por cosa dura aver de dexar desconsolados, à los que por su calidad, y devocion merecian serles atendiese; resolvió se desenterrasse el Santo Cuerpo, para ponerle otro Abito (en caso que no huviese comenzado à padecer corrupcion) y quedarle con el que estaba enterrado, para repartirle en Reliquias. Encargada esta diligencia con el secreto, que convenia, à dos Religiosos de toda su confianza; dia treze de Abril, catorce despues de la muerte del Siervo de Dios, y siete despues de su entierro: baxaron en el silencio de la noche los referidos Religiosos à la Iglesia, à executar el orden, que tenian. Apenas comenzaron à desbolver la tierra, quando respirò de la sepultura tal golpe de fragancia, que

K 2

les

les dexò atonitos, y sin alientos, por la novedad, para proseguir la obra. Y pareciendoles, que sin nueva consulta del Prelado, no era conveniente pasar adelante; determinaron darle noticia, de lo que avian experimentado. Antes, empero, que llegassen à la Celda de él, yà avia llegado la fragancia; porque penetrando las paredes, se traminó en brevissimo instante à todo el Convento. Percibióla el Prelado; y conociendo ser en todo diferente de otros olores, y naturales aromas, salió à investigar el origen. Encontróse con los mismos Religiosos, que iban à darle cuenta de la novedad: mas él adelantandose, les dixo: Sin duda la fragancia tan exquisita, de que está llena la Casa, tiene su manantial en el Cuerpo de nuestro bendito Padre. Es, así respondieron: y aviendole contado todo el suceso, se encaminaron juntos los tres à la sepultura, refueltas à proseguir el descubrimiento del Santo Cadaver. Sacado, en fin, de la tierra tan hermoso, y flexible, como quando le sepultaron: y mucho mas fragante que antes: y aviendole adorado bañado en lagrimas, muy à satisfaccion de su piedad: le desnudaron el Abito; y vestido de otro nuevo le volvieron à la sepultura. El Prelado, con el intento de repartir en Reliquias en la mañana siguiente el Abito, que avian desnudado al Santo Cuerpo: se le llevó à la Celda, donde se recogió à tomar el descanso del sueño. La fragancia, empero, que la santa Reliquia exhalaba, era tan vehemente, que no le dexaba dormir; ocasionandole vn agudo dolor de cabeza, de modo que se vió en precision de baxarla à la Sacristia, para poder descansar. Tan apocada es la capacidad de nuestro animal sentido, y tan debil le dexò la desgracia de la culpa; que, si Dios no le conforta; no solo los dolores de la tierra, sino aun los olores del Cielo le martyrizan.

Siete dias despues del referido des-

cubrimiento, y de tantos prodigios, sucedió otro; que, por extraño, haze classe aparte: y fue de esta manera. Entre los pobres, à quienes solia socorrer el Santo en la puerta con mas especialidad, vno era vn pobre viejo, que por sus crecidos años avia ganado en la compasion del Santo derecho de antelacion. Muerto el Siervo de Dios, descuydóse vn dia el buen viejo en llegar à la Porteria al tiempo acostumbrado de repartir la limosna: por cuya razon, quando llegó, le despidió el Portero, diziendole, no avia quedado cosa que darle. Afligióse de medidamente con la respuesta; y repetidas sin fruto sus instancias, se fue à la Iglesia à desfogar su dolor. Pusose de rodillas junto al Sepulcro del Santo; y à voz en grito, llorandole sus cuytas le dixo: O Padre mio Regalado, como se conoce que yà has muerto! Si tu vivieras, de otra manera me trataran. A buen seguro que, por tarde que viniera el pobre viejo, no le faltara limosna. Mas aora que he de hazer, Santo mio, que aquí perezo de hambre, y no ay quien me remedie. O maravilla de la caridad! No bien acabò de articular las últimas palabras, quando estremeciendose la tierra, que cubria el Santo Cuerpo, se dexò romper de su brazo; en el qual haciendo fuerza la misericordia, le estendió con vn pan en la mano para el mendigo. Dexóle, asin, socorrido, y volvióse à la sepultura; donde gozò desde entonces de nuevo, y mayor descanso; porque sobre el comun de la paz, en que quedan los Cuerpos de los Santos, quando se sepultan, obtuvo el singular de la liberalidad, en que queda descansado el brazo del misericordioso, quando dexa socorrido al necesitado.

Todos los Historiadores, que yo he visto, no contentos con la sencilla narracion deste prodigio, se detienen à su pon-

ponderacion: formando de él vna robustissima prueba de la Caridad heroica, y dulcissima que, viviendo, exerció el bendito Regalado con los pobres. Lo fixo es, que se descubren en las Historias milagros de tan raras circunstancias, que hazen suspender el curso de la narracion, para admirar, y ponderar su grandeza: y el no hazerlo así, pudiera arguir en el Escritor (especialmente para el juyzio de los Criticos) corta comprehension, ó poco aprecio de la calidad de las cosas. Con este dictamen, en que me sirve de guia el exemplo de los demás, debo dezir para esplendor del referido milagro; que si se celebra en Job, aver sacado la misericordia de las entrañas de su madre, quando nació à este mundo: no debe celebrarse menos en el bendito Regalado, aver sacado la misma misericordia de las entrañas de la tierra, despues de sepultado en ellas. De modo que si con Job nació la misericordia; con el Regalado refucitó. Si con Job anduvo toda la vida; al Regalado acompañò, aun mas allá de la muerte. Si yà no es mejor dezir: que à la misericordia del Regalado, así como no pudo acabarla la muerte, tampoco pudo caberla el sepulcro; porque vna misericordia, que llenaba toda la tierra, mal podia estrecharse, ni quedar cubierta en la sepultura. Por ultimo: Dios nuestro Señor (à quien, quando David le contempla dando alimento à los que se le piden, llama *Misericordioso, y Misericordiadador, ó Inventor de nuevas Misericordias*) como huviesse amado hasta el fin à los suyos, que quedaban hambrientos, y vacios de bienes en este mundo; en el fin los amò mas: Y para mostrarles (aun despues de muerto, y sepultado) las dulzuras del amor, con que los miraba desde el Trono de la Gloria; les dexò en la tierra el pan, que baxa del Cielo; aviendolo estirado primero para este efecto Parte VI.

(quanto pudo dár de sí) el brazo de su Poder. A este modo, pues, con cierta emulacion del Sacramento, y copiando primores à la fineza mayor de la Omnipotencia; el Cuerpo bendito del Santo Regalado, à pesar de la muerte, y del sepulcro, estuende el brazo, y la misericordia para el sustento, y consuelo del pobre mendigo. Esta fue la maravilla, considerada à lo devoto; que mirada à lo político, aun debe ponderarse mas. Porque hallar en la tierra brazos, que mantengan à vn desvalido, que no tiene que retribuir; siempre es milagro tan raro, que le juzgarán quimera todas las miserables politicas de los Principes de este siglo: entre quienes segun vemos, anda manejada la mundana politica, nada diferente de vn juego de pelotas donde no se hallará brazo, que faque; fino se esperasse mano, que vuelva.

CAPITULO XXVI.

DE ALGUNOS MILAGROS POSTHUMOS del Santo Regalado, aprobados por la Sagrada Rota, para el efecto de su Canonizacion.

Siendo el Sepulcro del bendito Regalado vn perene manantial de salud, y vida contra las juridicciones de la muerte à favor de los que le invocan en todas sus necesidades: seria poco menos que imposible la relacion de todos sus milagros. Por esta razon aviendo los Religiosos de la Aguilera autenticado muchos de los prodigios sucedidos en el medio año inmediato à la muerte del Siervo de Dios; alzaron la mano del empeño de escribirlos, viendo que no podian seguir, ni con todo el vuelo de sus plumas, el caudaloso curso de tal beneficencia. De los que se escribieron entonces, refieren muchos los Padres Daza, Monzaval, Gutierrez,

y nuestro ilustre Annalista: y de estos he determinado entrefacar aqui los mas autenticos, y celebrados: juzgando seran bastantes à radicar à los Fieles en vna devocion muy cordial al Siervo de Dios. Los que refiero en este Capitulo, se aprobaron despues de vn riguroso examen en la Sagrada Rota: y son como se siguen.

Vna muger de Gumiel de Mercado, Villa distante media legua de la Aguilera, padeciò por largo tiempo cierta enfermedad interna, tan maligna, y corrosiva, que vino à romper en el vientre siete bocas. Eran estas tan desmedidas, que registraban por ellas las entreañas; y vertian, à mas de gran copia de podridas materias, los naturales excrementos de comida, y bebida, no sin grave horror de la vista, y olfato de los que las cubaban. Siete meses estubo la pobre muger viviendo, ò por mejor dezir, muriendo en esta abominable miseria; sin hallar en Medico, ni Cirujanos otra cosa, que el defengaño de ser invitiles à su mal todos los humanos remedios. Andaba muy valida por este tiempo la voz de los milagros del Santo Regalado: y la paciente montando en viva fee de conseguir por sus meritos la salud, de que la desahuciaba la Medicina, y la Cirugia; rogò à su padre con importunas instancias la llevase à visitar su Sepulcro. El amor paterno quisiera condescender con la peticion de la hija: pero conociendo que el moverla de la cama, solo podia servir de adelantarla la muerte: la respondió ser imposible su intento. Ella, empero, instando, como quien tenia deseo, y fee de conseguir la salud; no dexò de importunar, hasta que probaron à sacarla de la cama. Y no aviendo reconocido en este movimiento accidente, que la agravase sus males; prosiguieron el intento, arbitrando modo, como conducirla à la Aguilera

(aunque con notable trabajo) en su mismo lecho. Entraronla con el à la Iglesia; y aviendola dexado junto al Sepulcro del bendito Regalado, comenzó à derramar su corazon en lagrimas, pidiendole el beneficio, que avia venido à buscar en su intercesion. Apenas hizo la suplica, quando sintiò vn genero de inmutacion en su cuerpo, que la dexò con notable vigor; de modo, que cerradas à vn tiempo repentinamente las vicerias, ò bocas, y recobradas las fuerzas; se pulso de rodillas, dando gracias al Santo, y publicando à gritos delcompasados tan singular beneficio. Vestida despues, y dexando, para testimonio del milagro las vendas; con que estaba faxada, se bolviò aquel mismo dia por su pie à su casa, perfectamente convalescida; y tan enteramente sana, que de las cabernas, ò bocas, ni las señales quedaron.

En la misma Villa, trabeseando inocentemente vn Niño de tres años, cayò, sin verlo nadie, en vn Estanque de agua muy hondo; donde, segun el computo, que se hizo de su falta, estuvo sumergido casi tres horas. Al fin de ellas, aviendole sacado, no solo ahogado, sino monstruosamente hinchado todo el cuerpecito, y el rostro denegrido, y enfangrentado: se le llevaron à sus Padres. Estos con los gritos, que à vista de tan lastimoso, y desprevenido desastre les arrancaba de el pecho la fuerza del dolor, despetaron la compasion, y traxeron la multitud de casi todo el Pueblo. Hallabase à la fazon en el Fray Diego de Ordoñez, Vicario de la Aguilera, à dependencias de la Canonizacion del Santo Regalado; y aviendo concurrido tambien al espectáculo, movido grandemente à compasion, y tocado de superior impulso; trabajò quanto le fue posible en acallar los lamentos de los Padres, persuadiendoles, y

avi-

avivandoles la confianza en la intercesion, y meritos del Siervo de Dios. Tomò despues en sus manos al Niño, y certificado de que ya estaba verdaderamente cadaver frio, rigido, y todo quebrantado: exortò à su Padre à que hiziesen voto de ofrecerle al Santo Regalado, si le restituia la vida. Persuadiò tambien à los circunstantes que puestos de rodillas hiziesen oracion con el, para el referido efecto. Executadas estas diligencias; hizo sobre el Niño la señal de la Cruz con estas palabras. Niño mio: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; por la intercesion, y meritos de su bienaventurado Siervo el Regalado, Dios todo poderoso te conceda la vida, que has perdido: Y profugiendo el impulso interior, de que se hallò movido, para solicitar de Dios el milagro, se abrazò apretadifimamente (à imitacion de Eliseo) con el cuerpecito del Niño; despues de lo qual le besò dos veces las orejas, y la mexilla. Cosa maravillosa! En el mismo punto comenzó à sollozar el Infantillo; y tendiendo los brazos, y estirando todos los miembros del cuerpecito, como si acabara de despertar, arrojò por la boca toda el agua, que avia tragado; à que se siguiò quedar hermoso, y sonrosado, y con su natural perfeccion el rostro, que hasta aquel instante se dexaba ver monstruosamente libido, y entumecido. Los Padres con aquel mismo impulso de júbilo, que les trocò las lagrimas, y voces del dolor, en voces, y lagrimas de regocijo, caminaron sin detenerse vn punto al cumplimiento de su voto, llevando consigo al Niño en los brazos, y acompañados de gran parte del concurso, à cuya vista sucediò el prodigio. Llegados al Sepulcro del Santo, despues de vn solemne hazimiento de gracias, consagraron los Padres al Niño al culto del Siervo

de Dios; para cuyo efecto le mudaron el nombre de Juan, en el de Regalado: con que traxo escrito, y sellado à vista de todos, y por toda su vida el beneficio.

Vna matrona noble, y opulenta, de la Villa de Gumiel de Hizan, avia padecido, casi toda su vida, vn copioso fluxo de sangre; que por ultimo en sus mayores años, sin que todas las fuerzas de la Medicina pudiesen atajarle, la llevó à las puertas de la muerte: Desahuciada de todo remedio humano; acudiò à los Divinos, haziendo varias Novenas, y Rogativas à muchos Santos de su devocion: si bien del Santo Regalado, atinque era muy devota; no avia hecho especial recuerdo. Pero viendo que por ningún camino del Cielo, ni de la tierra hallaba remedio à su mal, tratò de disponer su Alma para la partida de este mundo à la eternidad: A este fin embiò por dos Religiosos al Convento de la Aguilera del qual era especialissima bienhechora, deseando tener en la hora de la muerte la asistencia de aquellos, à cuyas santas direcciones, y consejos avia debido los aciertos de su vida. Los Religiosos anhelando mostrarse agradecidos à su bienhechora, llevaron consigo vna de las santas Reliquias del Regalado: no sin fee de que por sus meritos avia de escapar de tan evidente peligro la enferma. Entraron à su quarto; mostraron la Reliquia; tomòla en sus manos con vn vigor ocasionado de la fee, mas que de la naturaleza; besòla, adoròla, regòla con lagrimas; y teniendola aplicada fuertemente al pecho, dixo: Santo mio, si para gloria de Dios, y servicio tuyo me configues la salud: hago voto de ir à pie à visitar tu Sepulcro. No bien hubo expresado su voto, quando de repente, retirado el fluxo, vino la salud: y vino con tanta fuerza, y espíritu, que

luc-

luego se puso en camino, y le continuó à pie, como lo ofreció; sin embargo de hallarse en edad muy crecida, y de ser dos leguas la distancia à la Aguilera. Hizo gracias al Santo por el beneficio recibido; y este se continuó, de modo, que sobrevivió muchos años, hasta edad decrepita, sin que el accidente del fluxu bolviessè à molestarla mas.

Un vecino del Sotillo, Pueblo distante vna legua de la Aguilera, estuvo muchos años tan tullido de ambas piernas, que fino se apoyaba sobre dos muletas, no podia moverse. Viendose en este trabajo; y estimulado de la voz de las maravillas del Santo Regalado, hizo voto de visitar su Sepulcro, velando, y orando en el nueve horas; à fin de que el Señor por los meritos de su Siervo le quitasse de las piernas el encogimiento, que padecia. Para este efecto, conducido de vnos amigos al Sepulcro del Santo, comenzó su Oracion: y fue tan executiva para el remedio, que antes de acabarla, ya estaba libre del impedimento: de modo, que el que vino de su casa en pies agenos, se bolvió à ella por su pie.

Otros tres milagros, fuera de los dichos, quedaron tambien aprobados por la Sagrada Rota. Uno fue, el que ya dexo referido, del socorro del pobre desde el Sepulcro: Otro, la sangre fresca, que vertió el bendito Cuerpo, despues de treinta y seis años sepultado: y otro, la repentina salud, que concedió al gran Monarca Phelipe IV. en vna enfermedad desesperada. De estos dos harè mas extensa relacion en lugar mas oportuno.



CAPITULO XXVII.

RECIBEN SENTIDO, MIEMBROS, Y MOVIMIENTO respectivamente ciegos, sordos, mudos, mancos, y tullidos, por la intercesion del Santo Regalado.

Los milagros, que intento referir en este, y en los siguientes Capítulos, aunque no han entrado al examen de la Sagrada Rota, están empero juridicos, y bien probados en informaciones autenticas; de manera, que no tiene en que tropezar la discrecion de la prudencia, para darles aquel asenso, à que puede entenderse la humana fee. Reducirelos à varias classes, desatendiendo el orden de los años, en que sucedieron, por ajustarme mas bien à la claridad, y metodo, que menos fastidia la devocion. Y comenzando por los que recibieron la vista, sera el primero vn hombre natural de Caracena, llamado Miguel. Avia este padecido por muchos años tal debilidad de vista, que solo veia las tinieblas (si así se puede dezir) porque nada distinguia, de quanto se le ponía delante, por abultado que fuesse, fino la sombra: y se hazia mayor su trabajo, con la falta de los pies, que ambos los tenia tullidos. Deseando la salud en vno, y otro mal, hizo que le conduxessen al Sepulcro del Santo Regalado. Apenas comenzó la Oracion quando sus ojos, aclarados ya, vieron sanos los pies; y vñando de vna, y otra gracia, aviendo dado al Santo las que debia, se bolvió à su casa, saltando de contento. Casi lo mismo sucedió à otra muger, à quien la vehemencia de vna enfermedad dexò del todo ciega; porque vino à buscar la vista al Sepulcro del Santo; y hecha su peticion, halló lo que buscaba.

Otra

Otra muger, de Tudela de Duero tuvo perdida la vista mas de vn año à la fuerza de vn humor, que condensado primero en nube, se congelò despues en piedra; y piedra tan dura, que se resistió à la eficacia de todos los emolientes, y resolutivos, hasta llegar à la desesperacion del remedio. En este desconuelo resolvió acudir al comun aylo de los necesitados, haziendo romeria à la Aguilera, para visitar al Santo, y pedirle la vista. La suplica fue tan eficaz colirio, que al punto las endurecidas nubes, ò piedras comenzaron à liquidarse en vn humor, que al passo que caía al suelo, iba dexando desfembarazados de las tinieblas los ojos; de modo que aviendo comenzado à experimentar el beneficio, quando se daba principio à vna Missa, que oyó; al alzar el Sacerdote la Sagrada Hostia, la vió perfectamente, y la adoró. Desde aquel punto quedó con vista clara, sin aver padecido en ella el menor detrimento por todo el discurso de su vida.

Vn mozo, natural de Oyofra; que traía impedida la vista con vnas densas cataratas, se aplicò à los ojos con notable fee la tierra del Sepulcro del Siervo de Dios. Y quando pareció, que avia dado mas cuerpo à su ceguera; porque la tierra, hecha barro en los ojos, se endureció à modo de costra, que los cubria: enseñò la experiencia que fue su total remedio; porque despegado de los ojos el barro, se llevó consigo pegadas las cataratas.

En la Villa de Roa vivió muchos años vna pobre muger, llamada Juana, que por aver salido sin vista del vientre de su madre, era vulgarmente conocida por *Juana la Ciega*. Iba passando su trabajo, muy sin esperanzas, y aun sin deseos de tener ojos; porque como no avia conocido el bien de la vista, no la afligia demasadamente el mal de su privacion. Arrebatada, empero, de

vn executivo dolor pleuritico, ò de costado, hasta los terminos de la muerte; tuvo la buena suerte de que la tocassen vna de las Reliquias del Santo. Anduvo este tan liberal, que luego, y de contado diò aun mas de lo que deseò la paciente; porque la dexò con vida, y con vista. De esta classe se omiten otros milagros por evitar el fastidio.

No han sido menos favorecidos que los ciegos los sordos, y los mudos. Vn hombre de Torquemada, herido de vn mal ayre perdió el oido, y habla; de modo que en siete meses, ni oyó, ni pudo vlar de la lengua. Levòle à la Aguilera, con fee de encontrar remedio, vn tio suyo; y no le fallò falida su confianza; porque al contacto de las Reliquias, comenzó à oir lo que se le hablaba; y à responder à lo que oia. Casi lo mismo sucedió à vn mancebo vecino de la Mota de Toro: que aviendo sido toda su vida sordo, y mudo, se desató su lengua, y se abrió su oido al contacto de la tierra del Sepulcro del Siervo de Dios.

Vn Italiano de la Vmbria aviendo estado manco veinte y cinco años, iba en peregrinacion à visitar el Cuerpo del Glorioso Apostol Santiago, para solicitar el remedio de su mal. En el camino, empero, con la noticia de los milagros del bendito Regalado mudò de intento; pareciendole hallaria à menos trabajo en la Aguilera, lo que pretendia encontrar en Santiago. El efecto calificò de movimiento de fee, lo que pudiera passar por movimiento de levedad; porque apenas tocò con el brazo manco el Sepulcro del Siervo de Dios, quando à vista de vn gran concurso, que à la sazón avia en la Iglesia, se estendieron los nervios; y corriendo por ellos del corazon à la mano los vitales espiritus, se restituyó à su natural, y expedito movimiento.

Juan